



JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

EL ESCUERZO Y EL GATO DEL MUSEO

Una vez que en un corrillo de animales de la estancia, después de la merienda, se referían casos espeluznantes sobre el veneno y ferocidad del Escuerzo, un lebrél casero, gran conversador, contó muchos en los cuales aparecían animales o personas mordidos por el temido batracio; y en todos había sucedido que fue necesario esperar una tormenta, o que los amos acudiesen con sus armas o con hierros candentes a matar al monstruo y cauterizar la herida.

-Animal más bravo ni más terrible nunca se vio –afirmó el narrador-, a punto de que en poco tiempo se despobló la comarca, porque muchos murieron y otros la abandonaron por el miedo.

-Cierto, cierto, -agregó el Carnero-, yo también he visto infinidad de casos como los que refiere el Galgo amigo.

-Y yo, y yo, y yo, -siguieron ratificando el Chivo, el Cerdo, el Conejo y otros contertulios: hasta que un Gato doméstico, que marrullaba en un rincón, se decidió a sacudir su pereza, e introducir un grano de duda en aquel festín de afirmaciones, que iban convirtiendo al Matuasto en una divinidad maléfica de un poder insuperable.

-Bueno, -interrumpió por fin Misifuz-, todo eso que están diciendo, es pura ilusión y fantasía, creadas por el temor y por la ignorancia. Y cuando lo digo, es porque lo puedo probar.

-Yo he sido residente en el Museo de Historia Natural, donde el sabio Dr. Carlos Berg, -mi amo muy querido-, deseando estudiar esta cuestión, se llevó dos ejemplares del Escuerzo, con los cuales hizo en otros animales muchas experiencias de mordeduras, sin que nunca se hubiesen notado los efectos que ustedes señalan.

-Un día, mi patrón tomó uno de ellos en la mano derecha, y después de irritarlo con pinchazos, se hizo morder la izquierda. Tales eran la rabia y los gruñidos de la bestia, y el furor con que hincó sus dientes en la mano del director, que tuve miedo y estuve a punto de arrancárselo con mis garras. Pero él se sonreía, y con esa gran dulzura con que siempre nos trataba a los empleados y animales del Museo, me dijo:

-Nada temas, querido Misifuz; este bicho no tiene veneno ninguno. Es un rabioso y un gritón, nada más, que explota su fealdad y el miedo y la ignorancia del vulgo para mantener la aureola de su prestigio infernal. Ya lo vez, no me suelta la mano, y apenas me causa un leve escozor con sus afilados dientes.

-Qué extraño es que nosotros, pobres animales, nos dejemos mistificar por estos semidioses, cuando entre los hombres, que se llaman seres superiores, imperan a veces por siglos los mitos más horribles y los tiranos más abominables hasta que una sencilla y a veces casual experiencia, que llega a ser conocida por todos, desvanece y disipa la niebla de los ojos, y el encanto desaparece para siempre.

-Por eso es que yo, desde entonces, -concluyó el erudito Misifuz-, cada vez que oigo a algún tonto alabar, temer o admirar a uno de esos personajes,

desde luego lo pongo en duda y en observación, y la verdad nunca ha dejado de justificar mis precauciones...

I. ¡TIP, TIP, TIP, FIRIIIU...!

Entre el Galgo de la alquería, la Chuña domesticada y el Gato de la biblioteca, se realizaba una tarde bajo el sauce del estanque un opulento ágape de sabrosos productos de aquel año de abundancia; y mientras devoraba cada cual la ración de su preferencia, discurrían entre tragos, mordiscos y sorbos, sobre los sucesos más notables del día.

-Se han fijado ustedes, -comenzó el ladino Perro-, cómo ha engordado este año el Burro de la vecindad? Ya ni siquiera mira para este lado del cerco, que solía saltar o pasar por entre los alambres para venir a compartir nuestra cena. Antes me tenía miedo y me adulaba para que lo dejase entrar sin ser advertido por los patrones; ahora se hace el distraído y come su propio pasto con mal disimulado orgullo.

-Y las gallinas éticas de todo el barrio que ponían sus huevitos de basilisco, por poco no nos cobran los buenos días, -agregó la Chuña, con su aire de comadre pendenciera-, y los gallos no saben a cuál elegir para sus galanteos, de puro gorditas y pintiparadas que andan.

-Allá arriba, entre los árboles, los nidos están repletos de pichones, y no se oye más que el cuchicheo de los amores y de los festines en todos los sitios y rincones apacibles.

-Sí, que se descuiden nomás, -gruñó el Gato, siempre listo para sus funestos vaticinios-, que ya caerán sobre la comarca los gavilanes anoticiados de esta rara prosperidad.

No concluyó estas palabras, cuando la fatídica profecía comenzó a ser una realidad; pues acababa de oírse con estremecimiento general de todos los ramajes y los nidos, el grito estridente de alarma del Rey de los Pájaros, mientras recorría árbol por árbol, como anunciando una terrible desgracia, y llamando a todo el pueblo alado para la defensa.

-¡Tip, tip, tip, firiiiú...! Tip, tip, firiiiú... tip, tip...

Pero lo raro del caso era que no se veía a ningún pájaro ni ser viviente moverse de sus nidos, cuevas o casuchas, donde calentitos y satisfechos, incubaban sus amores o digerían sus banquetes al abrigo de toda contingencia.

En la lejanía, entre tanto, una bandada de gavilanes famélicos, llegados de lejanas tierras asoladas por la sequía y el hambre, comenzó a asaltar las nidadas, a descogotar pichones, y a despatarrar los más dulces idilios; y como ningún animal llega solo, tras los rapaces alados, venían los rastros; y por el suelo la invasión de comadreja, utultucus, hurones, chiñis y otras sabandijas, no dejaron pollos ni huevos que no se los devorasen, sembrando el más espantoso cacareo en los corrales, antes tan pacíficos y silenciosos.

Y allá en los aires, con peligro de su vida, el valiente Rey se desgarraba la garganta repitiendo su vibrante cuanto inútil llamamiento. Todos los machos echados en sus nidos y a la espera de la consagración anhelada, se guardaban bien de asomar el pico ni de ir a reunirse con sus vecinos para conjurar juntos el peligro común.

Cansado al fin de lanzar en vano su toque de rebato, el noble caudillo, emprendió vuelo definitivo hacia otros lugares de refugio, y por largo rato se oyó hasta perderse en la distancia, el agudo estridor de su clarín de guerra:

-Tip, tip, tip, firiiiú...! Tip, tip, tip, firiiiú...! Tip, tip...!

Entre conmovidos e indignados, pero sin saber a qué atenerse ante aquella escena tan repentina como trágica, los comensales del ágape reanudaron su interrumpida conversación.

-¿Y qué quiere decir ese canto tan raro del Rey de los pájaros? –inquirió el Galgo. Y como el Gato de la biblioteca ya había leído la *Divina Comedia* con notas, lució su erudición, diciendo:

-Así como los comentaristas de Dante han interpretado a su capricho el enigmático, *Papè Satàn, papè Satàn aleppe!* –de Minos- yo traduzco el *tip, tip, tip, firiiiú...!* de nuestro vecino, velay así:

El Patriotismo es una vana palabra cuando cada uno tiene en su sensualidad o en su ambición el único objetivo de su vida.

La presente obra ha sido digitalizada por la voluntaria Fabiana Marta Ortíz.

2009 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

